

Los Dos Pactos en Gálatas

A.T. Jones

Los Dos Pactos en Gálatas

A. T. Jones

Traducido de artículos de la

Review and Herald

29 de Mayo de 1900 al 31 de Julio de 1900



Impreso y distribuido en español por

MARANATHA MEDIA

Maranathamedia.net

Maranathamedianet@gmail.com

La versión de la Biblia utilizada es la Reina Valera 1960, a menos que se indique lo contrario.

Indice

<i>Introducción</i>	<i>5</i>
<i>Los dos Pactos – Gálatas 4: 21- 31.....</i>	<i>7</i>
<i>La vida de Abraham – Gálatas 4: 21- 24.....</i>	<i>8</i>
<i>Agar y Sara – Gálatas 4: 21- 25</i>	<i>11</i>
<i>¿A qué pacto perteneces? Gálatas 4: 21-25.....</i>	<i>15</i>
<i>Expulsa el Pacto Antiguo – Gálatas 4:21-31</i>	<i>18</i>
<i>La introducción del “Si” y “Entonces” – Gálatas 4: 21-24</i>	<i>22</i>
<i>El Pacto Antiguo conduce al Nuevo – Gálatas 4: 21-31</i>	<i>26</i>
<i>El contraste entre los pactos – Gálatas 4:21-24, 28.....</i>	<i>30</i>
<i>¿El yo o Cristo? Gálatas 4:21-31; 5:1</i>	<i>34</i>

Introducción

Fue un gozo indecible descubrir la relación del Padre e Hijo como se la describe en 1 Corintios 8:6, donde se proporciona la clave para descifrar tantas cuestiones complejas de las Escrituras que estaban previamente rodeadas de misterio o simplemente se desconocían. Esta clave, que se describe en el folleto *El Modelo Divino de la Vida*, revela que el Padre es la fuente de todas las cosas y el Hijo es el canal de todas las cosas. Esta relación de fuente y canal aparece como un sello distintivo en muchos elementos que están asociados: esposo y esposa, Antiguo y Nuevo Testamento, Lugar Santo y Lugar Santísimo, Sábados y fiestas, sol y luna. Todas estas cosas se ven más claramente a la luz del Modelo Divino. Tiene completo sentido el hecho de que el conocer la relación de Dios y su Hijo nos daría la clave para comprender muchos misterios en las Escrituras.

En 2015 reflexioné si los dos pactos mencionados en la Escritura se regían, o no, por el modelo divino, por el cual un pacto conducía al otro. Bajo un sistema de oposición, el Pacto Antiguo, que lleva a la muerte, se contrapone al Nuevo Pacto que conduce a la vida. En este contexto, el Pacto Antiguo parece ser malo, mientras que el Nuevo Pacto, bueno; el Antiguo debería ser evitado, y el nuevo, acogido. Mientras reflexionaba en estas cosas, el texto de 2 Corintios 3:7 vino a mi mente arrojando luz sobre este tema. En este verso Pablo declara que el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue *con gloria*. Por lo tanto, si fue glorioso, era algo bueno. Luego se hizo evidente que, para poder nacer de nuevo, uno debe primero morir y luego nacer nuevamente. Esto ubica a la muerte y la vida en una secuencia donde una sigue a la otra. Esto significa entonces, que el pacto Antiguo es el canal a través del cual uno debe entrar al Nuevo Pacto. De hecho, los dos pactos funcionan juntos: uno conduce hacia el otro.

Al año siguiente, mientras llevaba a cabo reuniones al norte de Alemania, leí el libro de A. T. Jones "Estudios sobre Gálatas" y en sus páginas encontré la confirmación que había estado buscando:

De esta manera el pacto del Sinaí los condujo al pacto con Abraham. El primer pacto los llevó al segundo; el pacto antiguo los llevó al nuevo pacto. De este modo, la ley, que era la base de ese pacto, - una ley quebrantada, - fue el ayo que les enseñó a ir a Cristo, para que sean justificados por fe¹.

Nunca se resaltaré lo suficiente la importancia de este hecho: Es el proceso en el cual el Pacto Antiguo conduce al Nuevo Pacto que lleva al proceso por el cual el ayo conduce el alma a Cristo para que sea justificada por la fe.

Este pensamiento le da poder y significado a un pasaje clave que fue usado por A. T. Jones en su Sermón 18, en 1893, sobre Romanos 5:20.

¹ A. T. Jones, RH, 17 de julio, 1900

“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.” (Rom. 5:20)

Sigamos leyendo en Romanos 5: “Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.” ¿Entonces la ley vino sola, causando que aparezca el pecado solo, y solamente eso aconteció?

[Congregación: “No.”] Es simplemente el medio para otro fin – el medio para alcanzar el fin a través del cual obtener otro objeto más allá del conocimiento del pecado. ¿Es así?

[Congregación: “Sí.”] Pero ¿Qué dice exactamente: “Donde abundó el pecado abundó la gracia”?

[Congregación: “No. Aún más.”] Eso estaría muy bien, ¿no es cierto? Si fuera sólo que donde abundó el pecado, abundó la gracia; sí, estaría muy bien, pero esa no es la manera en la que el Señor hace las cosas, como sabemos. Él hace las cosas buenas en gran manera, tan buenas como sólo Dios las haría. (A.T. Jones, Sermón 20, 1893)

La ley que entra en nuestra experiencia a través del Pacto Antiguo hace que abunde el pecado. Nos hace ver cuán pecadores somos. ¿Cuál es el propósito de esto? El fin es atraernos a Cristo en el Nuevo Pacto. Los dos pactos funcionan juntos. El Pacto Antiguo posee la letra que mata al viejo hombre para que el nuevo hombre pueda levantarse totalmente nuevo cada día. De esta manera, el Modelo Divino de Padre e Hijo proporciona la llave para relacionar el Pacto Antiguo al Nuevo. El antiguo conduce al nuevo y muestra cómo funcionan juntos para dar al alma la experiencia completa de la justificación por la fe.

Que puedas ser tan bendecido como lo fui yo al leer las preciosas verdades que contiene esta serie de artículos, que forman parte del más valioso mensaje enviado del cielo para iluminar a la tierra con su gloria.

Adrian Ebens

Los dos Pactos – Gálatas 4: 21- 31

Review and Herald, 29 de mayo, 1900

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. Porque está escrito: “Regocíjate, oh estéril, tú que no das a luz; Prorrumpes en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto; Porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido.” Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre. De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre.” (Gal. 4: 21-31)

¿Quiénes son el pacto? – Estas dos mujeres, ya que el pacto del monte Sinaí está representado por Agar, y el otro pacto es representado por Sara. La versión revisada del verso 24 dice: “pues estas mujeres son los dos pactos.”

Estas dos mujeres eran las madres de los dos hijos de Abraham. Uno de los hijos nació de una mujer esclava, y el otro de una mujer libre. Agar era la esclava; Sara era la mujer libre. Los hijos de estas dos mujeres representan a los hijos de los dos pactos.

“Estas dos mujeres son los dos pactos.” Se resuelve entonces que el asunto de los Dos Pactos comenzó con la familia de Abraham.

“Estas dos mujeres son los dos pactos.” Por lo tanto, cualquiera que estudie los Dos Pactos debe estudiar a Agar y Sara, y si no lo hiciera, no es un estudio serio de los Dos Pactos.

“Estas dos mujeres son los dos pactos.” Ya que éste es el asunto con el que los Dos Pactos comienzan, cualquiera que desee estudiar los Dos Pactos debe comenzar desde este tema. Por este motivo, es en este tema que comenzaremos el estudio de los Dos Pactos.

Y para que todos comencemos juntos con la mejor preparación, les pedimos que lean, desde hoy hasta la semana que viene: Genesis 15,16, 17 y 21: 1-21 – por lo menos, siete veces.

La vida de Abraham – Gálatas 4: 21- 24

Review and Herald, 5 de junio, 1900

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa.

Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. (Gal. 4: 21-24)

De esta manera, los dos pactos estaban en la familia de Abraham, ya que “Estas dos mujeres son los dos pactos” verso 24, versión revisada.

Pero ¿Cómo entraron estos dos pactos en la familia de Abraham, siendo que aún uno de ellos proviene del monte Sinaí? “...pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar.”

Ya que Agar es uno de los dos pactos, - el que proviene del Sinaí, y el que es engendrado en esclavitud, - la historia de Agar en la familia de Abraham es la historia del pacto del Sinaí.

Sin embargo, Dios hizo pacto con Abraham mismo, aun antes que Agar apareciera en la historia; y este pacto fue confirmado en Cristo, aun antes que se mencionara a Agar.

Este era el pacto de la promesa de Dios a Abraham y su simiente – “No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo.” Este fue el pacto de la justicia de Dios, - la justicia de Dios por medio de la fe- porque cuando Dios le hizo la promesa a Abraham, Abraham “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.” (Gen 15:6)

La promesa hecha a Abraham, que en él todas las familias de la tierra serían bendecidas, - y que a su simiente le daría la tierra prometida, el cual es en la tierra venidera; y que su simiente sería como las estrellas del cielo.

Esta simiente a quien se le hizo la promesa representaba a Cristo, en quien se hizo este pacto. Y cuando Abraham creyó en Dios, y le fue contado por justicia, este pacto fue confirmado en Cristo. Este pacto, es, por lo tanto, el pacto eterno, que responde a Jerusalén, que está en los cielos. Por este pacto, y por esta promesa, Abraham “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.” (Heb. 11:10)

Todo esto vino sobre Abraham cuando aún no tenía ningún hijo; y la promesa sería cumplida en su simiente. Habían pasado muchos años ya desde la primera mención que hizo el Señor sobre la simiente de Abraham, y él aún no tenía hijos. De hecho, Abraham ya era anciano cuando por primera vez se habló de su simiente, y seguía envejeciendo sin ver aún comenzar su simiente. En consecuencia, él dijo:

“Y respondió Abram: Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer? Dijo también Abram: Mira que no me has dado prole, y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa. Luego vino a él palabra de Jehová, diciendo: No te heredaré éste, sino un hijo tuyo será el que te heredaré. Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia. Y le dijo: Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra.” (Gen. 15:2-7)

Y cuando Abraham preguntó: “¿en qué conoceré que la he de heredar?” el Señor “Y le dijo: Tráeme una becerro de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, una tórtola también, y un palomino. Y tomó él todo esto, y los partió por la mitad, y puso cada mitad una enfrente de la otra; mas no partió las aves.” Entonces fue el Señor quien, al pasar en medio de esas piezas “En aquel día hizo (cortó) Jehová un pacto con Abram,” un pacto de sangre, en el que prometió cumplir cada promesa que ya le había sido hecha a Abraham. (Gen. 15: 8-10, 18)

Es aquí donde el pacto celestial y eterno de Dios fue confirmado con Abraham, prometiendo Dios por su propia vida que todo iba a cumplirse, y que nada de lo prometido faltaría, y si así no fuere, el Señor dejaría de existir.

Pero aun con todo, el tiempo pasaba y no nacía ningún hijo, ya que “Sarai mujer de Abram no le daba hijos.” Pero Sarai “tenía una sierva egipcia, que se llamaba Agar. Dijo entonces Sarai a Abram: Ya ves que Jehová me ha hecho estéril; te ruego, pues, que te llegues a mi sierva; quizá tendré hijos de ella.” (Gen 1: 1,2). De esta manera, entró Agar en escena y formó parte de la historia.

Pero, ¿Cuál es la razón por la que Agar es introducida en la historia? ¿Fue por confiar en la promesa de Dios? – No. Fue por una desconfianza absoluta. ¿Fue, acaso, por fe? – No. Fue por una falta absoluta de fe. Eso es confirmado cuando al terminar de llevar a cabo este plan, el mismo fue repudiado; y la simiente prometida era aún esperada del vientre de la propia Sara: “Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido.” (Heb. 11:11)

Siendo que al final pudo concebir, ¿Por qué, entonces, al principio “Sarai mujer de Abram no le daba hijos”? – Fue, simplemente, por no creer, y no considerar como “fiel quien lo había prometido.”

Entonces sucedió que, en la falta de confianza en Dios, en su incredulidad, Sarai inventó el ardid, que introdujo a Agar. Dicho ardid, derivado de su incredulidad y desconfianza en Dios, era producto de la mente natural- una invención de la carne – para cumplir la promesa de Dios.

La cuestión importante a resaltar de esta treta es que Sarai la llevó a cabo para cumplir una promesa de Dios. Su pensamiento era que Dios no solamente no había cumplido su promesa, sino que se negaba a hacerlo; porque Sarai claramente dijo: “Ya ves que Jehová me ha hecho estéril.” Esta declaración directamente acusa al Señor de no ser fiel. Y ya que creían que el Señor había fallado en cumplir su promesa, llegaron naturalmente a la conclusión de que ellos debían cumplirla por su propia cuenta, por medio de un recurso inventado por ellos mismos, que provenía de la desconfianza e incredulidad en Dios.

Incluso Abram se desvió de su confianza en Dios, de su fe en la promesa del Señor. Él cayó en el ardid de desconfianza e incredulidad, la invención de la carne. “Y atendió Abram al ruego de Sarai.”

“Y Sarai mujer de Abram tomó a Agar su sierva egipcia, al cabo de diez años que había habitado Abram en la tierra de Canaán, y la dio por mujer a Abram su marido. Y él se llegó a Agar, la cual concibió; y cuando vio que había concebido, miraba con desprecio a su señora.” “Y Agar dio a luz un hijo a Abram.” (Gen 16: 3,4, 15)

“Pero el de la esclava nació según la carne.” ¿Cómo podría haber nacido de otra cosa que no sea la carne? Toda la treta, por la cual, al fin y al cabo, él había nacido, provenía de la mente natural, de desconfianza e incredulidad en Dios – un invento de la carne.

“Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud.” (Gal. 4: 24-25)

Por lo tanto, el pacto que Agar representa, - el pacto del Monte Sinaí, - es un pacto en el cual el pueblo, por desconfianza en Dios e incredulidad en sus promesas, y conociendo solamente al hombre natural y al nacimiento de la carne, buscan sus propias invenciones y esfuerzos, para alcanzar la justicia de Dios, y la heredad que viene por medio de ella.

Sin embargo, la justicia de Dios, con la herencia en su plenitud, es un don gratuito.

Agar y Sara – Gálatas 4: 21- 25

Review and Herald, 12 de junio, 1900

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud.”

Agar representa el pacto del Sinaí. Ella era una esclava y una egipcia. Su hijo, como consecuencia, era un esclavo también, sin importar la forma en la que había sido concebido, porque su madre era esclava. Como ya hemos visto, los medios por los que el hijo de Agar fue concebido eran de desconfianza en Dios e incredulidad en su promesa- fue un ardid de la carne; y, por lo tanto, “el de la esclava nació según la carne.” Pero, “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.” (Rom. 8:7,8)

En consecuencia, el pacto que Agar representa, - el pacto del Monte Sinaí, - es un pacto en el cual el pueblo, por desconfianza en Dios e incredulidad en sus promesas, y conociendo solamente al hombre natural y el nacimiento de la carne, buscan sus propias invenciones y esfuerzos, para alcanzar la justicia de Dios, y la heredad que viene por medio de ella. Esto se da, porque, como hemos visto, Sarai y Abram tenían la plenitud de la promesa de Dios, y de su justicia, en el pacto de Dios confirmado en Cristo, aun antes de que el ardid que involucró a Agar fuese tramado. Y esta treta fue inventada, y pudo ser inventada, solamente al abandonar la promesa y el pacto. Y el abandono de la promesa y el pacto demostraba que la confianza estaba puesta en la carne.

Pero, ¿tenía el pueblo en ese momento del Sinaí alguna promesa de Dios, o algún pacto, en el que pudieran confiar, antes de haber entrado en el pacto del Sinaí? - Sí, lo tenían. Tenían el pacto de Abraham, al igual que lo tenían Abram y Sarai antes de haber comenzado la treta que involucró a Agar.

No solamente tenían el pacto con Abraham, como una cosa lejana, nublado por el tiempo transcurrido entre Abraham y ellos; sino que tenían un pacto que se había repetido, directamente del Señor, hecho con ellos, así como fue hecho con Abraham, y todo esto aun antes de que dejaran Egipto. Leemos, “Habló todavía Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy JEHOVÁ. Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, mas en mi nombre JEHOVÁ no me di a

conocer a ellos. También establecí mi pacto con ellos, de darles la tierra de Canaán, la tierra en que fueron forasteros, y en la cual habitaron. Asimismo, yo he oído el gemido de los hijos de Israel, a quienes hacen servir los egipcios, y me he acordado de mi pacto. Por tanto, dirás a los hijos de Israel: Yo soy JEHOVÁ; y yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido, y con juicios grandes; y os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios; y vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que os sacó de debajo de las tareas pesadas de Egipto. Y os meteré en la tierra por la cual alcé mi mano jurando que la daría a Abraham, a Isaac y a Jacob; y yo os la daré por heredad. Yo JEHOVÁ.” (Exo. 6:2-8)

En esta ocasión el pacto fue dado a los hijos de Israel, en Egipto, todo lo que había sido antes dado a Abraham, a Isaac y a Jacob. Exactamente el mismo pacto que “concertó con Abraham, y de su juramento a Isaac,” y el cual fue “confirmado” a Jacob, fue hecho con Israel, cuando aún estaban en Egipto, y Dios vino a liberarlos.

¿Cómo podría llegar a ser que Israel entre al pacto del Sinaí? - De la misma manera en que aconteció el ardid que involucró a Agar. ¿Cómo podría otro pacto ser introducido? - De la misma manera en que fue introducida Agar – todo por la desconfianza en el pacto de Dios y por la incredulidad en la promesa de Dios confirmada por juramento. Si hubieran confiado en las promesas que Dios les había hecho en Egipto, hubiesen tenido todo lo que Abraham o cualquier otra persona podría tener, hubiesen alcanzado la justicia de Dios, su salvación eterna, y la heredad prometida a Abraham. Y todo esto en Cristo, porque así fue que Abraham lo obtuvo.

Es verdad que cantaron el cántico de victoria de la fe luego de cruzar el Mar Rojo; y si hubieran continuado en esta misma fe, hubiesen continuado en el pacto eterno de Dios, el cual les había sido dado en Egipto. Y ningún otro pacto hubiera sido necesario en el Sinaí.

Sin embargo, no continuaron en esa fe. Inmediatamente después, cuando su camino llegó hasta Mara, murmuraron en contra del Señor. Y cuando el Señor los había librado de esos temores, llegaron al Desierto de Sin, y otra vez: “toda la congregación de los hijos de Israel murmuró” otra vez. “murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto; y les decían los hijos de Israel: Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos; pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud.” (Exo. 16:3). Y luego de que el Señor los había liberado de sus miedos en esa ocasión, y que habían dejado el Desierto de Sin, y llegaron a Refidim, otra vez murmuraron diciendo: “¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados? Entonces clamó Moisés a Jehová, diciendo: ¿Qué haré con este pueblo? De aquí a un poco me apedrearán.” (Exo. 17:3-4)

Todas estas demostraciones confirman la falta de confianza en Dios, la incredulidad en él de parte de Israel; y esta desconfianza e incredulidad escondieron de ellos las bendiciones y el poder que les fuera dado en el pacto con Abraham, hecho cuando aún estaban en Egipto.

No pudieron confiar en Dios sobre la heredad a la que se estaban acercando, ni por la justicia, la cual por sí misma les hubiera otorgado dicha heredad. Ellos pensaban que podrían obtenerla por méritos propios. Y, para que pudieran ver cuán lejos estaban de poder ganarla, el Señor les dio la oportunidad más amplia posible para que probaran. En consecuencia, él dijo: “el cual mandé a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciéndoles: “Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. [“me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios.” (Jeremías 11:4)] Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel. Entonces vino Moisés, y llamó a los ancianos del pueblo, y expuso en presencia de ellos todas estas palabras que Jehová le había mandado. Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo. (Exo. 19: 4-8).

No escucharon su voz; pero cuando finalmente la escucharon, los diez mandamientos les fueron dados. Y ciertamente acordaron obedecer los mandamientos. Y, aun después de haber escuchado su voz en tal majestad que les causó temor y “temblaron, y se pusieron de lejos,” declararon, “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos.” (Exo. 24:7)

Pero ellos coincidían con el hijo de Agar, la mujer esclava, quien “nació según la carne.” Ellos solamente conocían el nacimiento de la carne; y, por consiguiente, sólo tenían la mente de la carne, la cual es “enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden.” (Rom. 8:7) Y ellos no podrían obedecer la ley de Dios por sí mismos, así como tampoco Ismael, el hijo de la carne de la familia de Abraham, podía cubrir el cumplimiento de la promesa dada a su padre. En tales condiciones, ellos no podían guardar el pacto de Dios, tanto como el ardid de Sarai no podía llevar a cabo el pacto a través de Agar.

Entonces, ¿Cómo podía introducirse este pacto? ¿Por qué entraron en tal pacto? – “Los Israelitas no tenían un concepto verdadero de la santidad de Dios, de la extrema pecaminosidad de su propio corazón, de su total incapacidad para obedecer la ley de Dios, y de la necesidad de un Salvador. Todo esto se les debía enseñar...no percibían la pecaminosidad de su propio corazón, y no comprendían que sin Cristo les era imposible guardar la ley de Dios; y con excesiva premura concertaron su pacto con Dios. Al creerse capaces de ser justos por sí mismos, declararon: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos.” (PP 341.4)

Ellos ya estaban bajo la esclavitud del pecado y la justicia propia; y dentro de esa esclavitud, con sus mentes “no sujetas a la ley de Dios,” y que, de hecho, no podrían estarlo, prometieron obedecer, ciertamente, la ley de Dios. Sin embargo, en la condición en la que se encontraban, era inevitable que rompieran su promesa; simplemente no podían mantener lo que habían prometido, ya que no estaba en ellos el poder hacerlo. Así, dentro de este pacto, eran transgresores de la ley, y transgresores de la promesa hecha de no quebrantar la ley.

Y esto es todo lo que ellos podían ser, en ese pacto, o por virtud alguna del pacto. Respectivamente a ese pacto, COMO AGAR, originó, y podía originar, sólo bajo esclavitud. Y todo esto, simplemente, por la desconfianza en Dios y la incredulidad en la promesa de Dios tal como fue revelada en el pacto con Abraham, pacto que les fue dado directamente a ellos, aun antes de que salieran de Egipto.

“Pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa.” (Gal. 4: 24-26, 28)

¿A qué pacto perteneces? Gálatas 4: 21-25

Review and Herald, 19 de junio, 1900

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud.” (Gal. 4:21-25)

Ismael era el hijo de Abraham nacido de la carne. ¿Cuál era su temperamento? Antes de que naciera, el Señor lo describió así: “Y él será hombre fiero; su mano será contra todos, y la mano de todos contra él, y delante de todos sus hermanos habitará.”

Hay que recordar que el hijo de Agar, nacido de la carne, “hombre fiero,” era el fruto de la invención de Sarai, que derivó de su desconfianza en Dios y de la incredulidad en Su promesa de darle un hijo. En este sentido, hay que tener presente que este hijo fue buscado por Sarai para cumplir la promesa de Dios. Sarai pretendía, y aún esperaba, lo mismo que Abraham: que este hijo de la carne, este hombre fiero, sea acepto frente al Señor como el hijo que se esperaba para cumplir la promesa; y que las promesas a Abraham sean cumplidas en este hijo. Esto es cierto, por el hecho que luego, cuando el Señor le dijo a Abraham que le daría un hijo de Sara, Abraham contestó: “Ojalá Ismael viva delante de ti.” (Gen. 17:18)

Ahora hay que recordar que Agar, la madre de este “hombre fiero,” representa el pacto de Sinaí; y su hijo, que fue nacido de la carne, -este hombre salvaje, - representa a los hijos del pacto del Sinaí. En esta invención en la que se involucró a Ismael, se pretendía que él cumpliría la promesa de Dios, y que el pacto del Señor con Abraham sería cumplido en él. De la misma manera, pretendían estos hijos del pacto del Sinaí, tal como Ismael, nacidos de la carne, poder cumplir la promesa de Dios, y de que el pacto del Señor con Abraham debería ser logrado en su plenitud a través de ellos, o sea, a través de la carne.

Sin embargo, Abraham guardó los mandamientos de Dios. La justicia de Dios es una parte esencial del pacto con Abraham, porque sin la justicia, nadie puede obtener la heredad dada en pacto a Abraham. Pero, ¿cómo podría Ismael, nacido de la carne, guardar los mandamientos de Dios, siendo que lo que busca la carne es sólo enemistad con Dios, y no se sujeta a la ley de Dios y tampoco lo puede hacer? ¿Cómo podría ese hombre fiero guardar los mandamientos de Dios, con su mano contra todos, siendo que uno de los dos principios de la ley de Dios es “amarás a tu prójimo como a ti mismo”?

Y este hijo de Agar la esclava se corresponde a los hijos de ese pacto del Sinaí, que provienen de la esclavitud. En lo que respecta a la promesa de Dios y al pacto con Abraham, el nacimiento de Ismael significaba lo mismo que si nunca hubiera nacido.

Por esto, cuando Abraham le dijo al Señor: “Ojalá Ismael viva delante de ti,” Respondió Dios: Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él. Y en cuanto a Ismael, también te he oído; he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera; doce príncipes engendrará, y haré de él una gran nación. Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene.” (Gen 17: 19-21)

Para este momento Sarai se había convertido en una creyente de la promesa de Dios, y tenía su confianza solamente en Dios, y el Señor había cambiado su nombre a Sara. Por lo tanto, “Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir,” y según la promesa nació Isaac.

Ahora, ¿Cuál era el temperamento de Isaac? –Su conducta quedó ilustrada al momento cuando Abraham e Isaac supusieron que él sería ofrecido en sacrificio. Él se sometió, como un cordero, para ser ofrecido. Se ve más claramente en el registro de Génesis 26: “Y todos los pozos que habían abierto los criados de Abraham su padre en sus días, los filisteos los habían cegado y llenado de tierra. Entonces dijo Abimelec a Isaac: Apártate de nosotros, porque mucho más poderoso que nosotros te has hecho. E Isaac se fue de allí, y acampó en el valle de Gerar, y habitó allí. Y volvió a abrir Isaac los pozos de agua que habían abierto en los días de Abraham su padre, y que los filisteos habían cegado después de la muerte de Abraham; y los llamó por los nombres que su padre los había llamado. Pero cuando los siervos de Isaac cavaron en el valle, y hallaron allí un pozo de aguas vivas.” (Gen. 26: 15-19)

Estos pozos de agua eran doblemente de Isaac. Y ahora los habían vuelto a cavar, que representaba lo mismo que si los hubiera cavado por primera vez. Por este motivo, eran doblemente suyos. Pero incluso, por más que esto eran suyos: porque los filisteos, cuando los pozos fueron abiertos, los habían llenado de tierra, mostrando de la manera más evidente posible que no los querían.

Aun así, los filisteos vinieron ahora a Isaac y reclamaron los pozos que él había abierto, y que por derecho pleno eran suyos: “Esta agua es nuestra” (Gén 26:20). Isaac dejó que ellos se la apropiaran. Pero ¿Qué hubiera hecho Ismael? Y, ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Cuál de “los dos hijos’ de Abraham eres tú? “Estas mujeres son los dos pactos.” ¿De qué pacto eres tú?

Isaac “abrió otro pozo,” y los filisteos “también riñeron sobre él.” Sin embargo, Isaac, en vez de pelear con ellos por este pozo, el cual era suyo por amplio derecho, “se apartó de allí, y abrió otro pozo.” Pero ¿Qué hubiera hecho Ismael? Y, ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Cuál de “los dos hijos” de Abraham es Ud.? “Estas mujeres son los dos pactos.” ¿De qué pacto eres?

Cuando Isaac cavó este último poso, los filisteos “no riñeron sobre él; y llamó su nombre Rehobot, y dijo: Porque ahora Jehová nos ha prosperado, y fructificaremos en la tierra.” (Gen. 26:22)

Pero, ¿cómo hizo el Señor espacio para él? - Simplemente por la negativa de Isaac a luchar contra los filisteos, al cederles todo lo que reclamaban, incluso cuando eran suyos por derecho. Pero ¿cómo hubiera podido el Señor hacerles lugar a Ismael y esos filisteos? ¿Hace el Señor lugar para ti y los envidiosos opositores? ¿Cuál de “los dos hijos” de Abraham eres tú? “Estas mujeres son los dos pactos.” ¿De qué pacto eres?

“Y de allí subió a Beerséba. Y se le apareció Jehová aquella noche, y le dijo: Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, porque yo estoy contigo, y te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia por amor de Abraham mi siervo. Y edificó allí un altar, e invocó el nombre de Jehová, y plantó allí su tienda; y abrieron allí los siervos de Isaac un pozo.” (Gen. 26:23-25)

“Y Abimelec vino a él desde Gerar, y Ahuzat, amigo suyo, y Ficol, capitán de su ejército. Y les dijo Isaac: ¿Por qué venís a mí, pues que me habéis aborrecido, y me echasteis de entre vosotros? Y ellos respondieron: Hemos visto que Jehová está contigo... tú eres ahora bendito de Jehová.” (Gen. 26:26-29) Pero, fue solamente por la continua actitud de Isaac de ceder, que ellos tuvieron la oportunidad de ver que el Señor estaba con Isaac, y que era bendecido del Señor. Pero ¿qué hubiera hecho Ismael? Y ¿qué hubieras hecho tú? ¿Cuál de “los dos hijos” de Abraham eres? “Estas mujeres son los dos pactos.” ¿De qué pacto eres?

“Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los DOS PACTOS; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre.” “Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa.” (Gálatas 4:22-26, 28) Y tú, ¿eres libre?

Expulsa el Pacto Antiguo – Gálatas 4:21-31

Review and Herald, 3 de julio, 1900

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. Porque está escrito: Regocíjate, oh estéril, tú que no das a luz; Prorrumpe en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto; Porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido. Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre. De manera que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre.” (Gálatas 4:21-31).

El ardid inventado por Sarai, y aceptado por Abram, por el cual fue introducido Ismael, el hijo de la esclava, quien nació de la carne, mostró ser insatisfactorio para todos los involucrados, desde el primer momento en que se llevó a cabo.

“Y Sarai mujer de Abram tomó a Agar su sierva egipcia, al cabo de diez años que había habitado Abram en la tierra de Canaán, y la dio por mujer a Abram su marido. Y él se llegó a Agar, la cual concibió; y cuando vio que había concebido, miraba con desprecio a su señora.” (Gen 16: 3, 4) Y aunque el registro dice que Sarai fue la primera en proponer el plan, y que “Sarai... tomó a Agar su sierva egipcia...y la dio por mujer a Abram su marido;” tan pronto como se sintió menospreciada por Agar, y por el éxito que tuvo su propio plan, Sarai reprochó a Abram, y le dijo: “Mi afrenta sea sobre ti; yo te di mi sierva por mujer, y viéndose encinta, me mira con desprecio.”(Gen 16:5)

“Y respondió Abram a Sarai: He aquí, tu sierva está en tu mano; haz con ella lo que bien te parezca. Y como Sarai la afligía, ella huyó de su presencia.” (Gen. 16:6). Y aunque el Señor le dijo a Agar, “Vuélvete a tu señora, y ponte sumisa bajo su mano,” era evidente que la situación no era tranquila y placentera, después de todo. (Gen 16:9)

Aún más, como ya hemos visto, cuando luego del nacimiento de Ismael, Abram le dijo al Señor, “¡Ojalá Ismael viva delante de ti!” su ruego no fue escuchado; sino que Ismael fue simplemente apartado, y se le dijo a Abram que, en efecto, sería su esposa Sarai quien le daría

un hijo, y que su nombre sería Isaac, “y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él.” (Gen. 17:18,19)

“Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho.”
“Y creció el niño, y fue destetado; e hizo Abraham gran banquete el día que fue destetado Isaac. Y vio Sara que el hijo de Agar la egipcia, el cual ésta le había dado a luz a Abraham, se burlaba de su hijo Isaac. Por tanto, dijo a Abraham: Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac mi hijo. Este dicho pareció grave en gran manera a Abraham a causa de su hijo. Entonces dijo Dios a Abraham: No te parezca grave a causa del muchacho y de tu sierva; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque en Isaac te será llamada descendencia.”
(Gen 21:2, 8-12)

Pero el registro aún no estaba claro. Abraham se desvió de la clara promesa de Dios, y se hizo dependiente de la carne. Y no solamente la mujer esclava y su hijo debían ser expulsados, sino también cada objeto de ese ardid, que había involucrado a la mujer y su hijo, debía ser definitivamente abandonado y repudiado. Por consiguiente, el Señor le dijo a Abraham: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.” (Gen. 22:2)

Isaac era el hijo de la promesa. No había promesa de otro hijo; no podía haber otra promesa igual; y no podía haber otro hijo sin otra promesa. Y que ahora Abraham tuviera que ofrecer a Isaac como una ofrenda para ser quemada, parecía, a primera vista, como que se le estaba quitando todo lo que se le había prometido. Pero cuando Abraham observó lo que había acontecido hasta ese momento, y puso su mirada aún más atrás, hasta el momento donde recibió la promesa original de Dios, confió. Él esperaba que, al ofrecer a Isaac como ofrenda, Dios ciertamente cumpliría su promesa y levantaría a Isaac de los muertos, devolviéndolo de las cenizas después de ser quemado como ofrenda.

Por lo tanto, esta petición del Señor para que ofreciera a Isaac como ofrenda para ser quemada, remontó a Abraham a la noche de la promesa original, cuando Dios le dijo: “Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.” (Gen. 15:5-6)

De esta manera Abraham aprendió a depender y confiar en la simple promesa de Dios solamente, y en todo lo que la promesa comprendía. Y si Abraham se hubiera puesto firme desde el comienzo y hubiera rechazado la sugerencia de Sarai respecto a Agar, no habría habido semejante problema familiar como sucedió entre Sarai y Agar, e Ismael nunca hubiera nacido, y nunca se le hubiera pedido a Abraham que sacrificara a su hijo Isaac. Si desde el principio él no

hubiera dudado, por incredulidad, de la promesa de Dios...pero se fortaleció en fe, dando gloria a Dios,” (Rom. 4:20), “plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia.” (Rom. 4: 22)

“Estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar.” El pacto del Sinaí fue un fruto de la carne, de desconfianza e incredulidad en Dios, igual que lo fue el plan que introdujo a Agar y trajo a Ismael. Y tal como Agar e Ismael, la esclava y su hijo, tuvieron que ser expulsados, y todo el plan que los introdujo debía ser completamente repudiado, así mismo el pacto del Monte Sinaí debía ser expulsado, y todo lo que introdujo debía ser totalmente repudiado.

Así mismo como Abraham y Sara debían expulsar a Agar e Ismael, y repudiar el ardid que los había introducido, y ellos mismos volverse a la promesa original de Dios, también debía el pacto del Sinaí ser expulsado, y todo lo que trajo con él debía ser repudiado por Israel y todos los demás; y depender y confiar en el pacto original de Dios con Abraham, completa y únicamente, por todo lo que promete. Leemos:

“Al libertarlos de Egipto, Dios trató de revelarles su poder y su misericordia para inducirlos a amarle y a confiar en él. Los llevó al Mar Rojo, donde, perseguidos por los egipcios, parecía imposible que escaparan, para que vieran su total desamparo y necesidad de ayuda divina; y entonces los libró. Así se llenaron de amor y gratitud hacia él, y confiaron en su poder para ayudarlos. Los ligó a sí mismo como su libertador de la esclavitud temporal.

Pero había una verdad aun mayor que debía grabarse en sus mentes. Como habían vivido en un ambiente de idolatría y corrupción, no tenían un concepto verdadero de la santidad de Dios, de la extrema pecaminosidad de su propio corazón, de su total incapacidad para obedecer la ley de Dios, y de la necesidad de un Salvador. Todo esto se les debía enseñar.

Dios los llevó al Sinaí; manifestó allí su gloria; les dio la ley, con la promesa de grandes bendiciones siempre que obedecieran: “Ahora pues, si dais oído a mi voz, y guardáis mi pacto, [...] vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”. Éxodo 19:5, 6. Los israelitas no percibían la pecaminosidad de su propio corazón, y no comprendían que sin Cristo les era imposible guardar la ley de Dios; y con excesiva premura concertaron su pacto con Dios. Al creerse capaces de ser justos por sí mismos, declararon: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos”. (Exo. 24:7)

Habían presenciado la grandiosa majestad de la proclamación de la ley, y habían temblado de terror ante el monte; y, sin embargo, apenas unas pocas semanas después, quebrantaron su pacto con Dios al postrarse a adorar una imagen fundida. No podían esperar el favor de Dios por

medio de un pacto que ya habían roto; y entonces viendo su pecaminosidad y su necesidad de perdón, llegaron a sentir la necesidad del Salvador revelado en el pacto de Abraham y simbolizado en los sacrificios. De manera que mediante la fe y el amor se vincularon con Dios como su libertador de la esclavitud del pecado. Ya estaban capacitados para apreciar las bendiciones del NUEVO PACTO.” (PP341.2-4)

La introducción del “Si” y “Entonces” – Gálatas 4: 21-24

Review and Herald, 10 de julio, 1900

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar.” (Gal. 4: 21-24)

El pacto del Monte Sinaí es el pacto que Dios hizo con los hijos de Israel cuando los tomó de la mano para sacarlos de Egipto.

El pacto era deficiente: “Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo.” (Heb. 8:7)

Ese pacto era deficiente en sus promesas: porque el segundo pacto es “mejor pacto” que el otro, porque “fue establecido sobre mejores promesas.” (Heb. 8:6)

La deficiencia de ese pacto era, esencialmente, en el pueblo. “Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, En que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto.” (Heb. 8:8)

Por lo tanto, ya que la deficiencia de pacto estaba en sus promesas, y esencialmente en el pueblo mismo, se deduce que las promesas sobre las que ese pacto estaba establecido, eran principalmente las promesas del pueblo.

¿Cuáles eran esas promesas entonces? Están en el pacto, que fue hecho con ellos cuando salieron de Egipto, y este es el pacto:

“Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel... Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo.” (Exo. 19: 4-6, 8)

En este acuerdo, todo el pueblo prometió obedecer la voz del Señor, aunque aún no sabían lo que la voz les diría. Sin embargo, en el capítulo veinte, escucharon a la voz declarando los diez mandamientos, tras lo cual, cuando el Señor terminó de hablar, “y no añadió más.” Y cuando hubieron escuchado esto, solemnemente renovaron su promesa: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos.”

Que este es el pacto que el Señor hizo con ellos cuando los guió de la mano fuera de Egipto, se hace evidente en las siguientes palabras: “Porque no hablé yo con vuestros padres, ni nada les mandé acerca de holocaustos y de víctimas el día que los saqué de la tierra de Egipto. Mas esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, Y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien.” (Jer. 22,23)

Y esto, sin duda, es confirmado en las siguientes palabras: “Y les dirás tú: Así dijo Jehová Dios de Israel: Maldito el varón que no obedeciere las palabras de este pacto, el cual mandé a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciéndoles: Oíd mi voz, y cumplid mis palabras, conforme a todo lo que os mando; y me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios.” (Jer. 11: 3,4)

Hay que notar cada una de estas declaraciones del pacto, y ver cómo las promesas están secuenciadas. La primera viene del Señor: “SI diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, ENTONCES...vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa.” De esta manera, las promesas del Señor no podrían venir hasta que ellos no hubieran cumplido sus promesas; porque el pacto comienza con un “SI”.” Si dieres oído,” hagan esto y aquello, “ENTONCES” pasará tal y cual cosa.

Este es el acuerdo en la segunda declaración: “Escuchad mi voz, Y seré a vosotros por Dios, Y vosotros me seréis por pueblo.” Esto hace la situación muy perfectamente simple: no solamente que el Señor no puede hacer su parte hasta que ellos hagan lo que han prometido, sino también que la parte del Señor VIENE A TRAVES de lo que ellos prometieron. “Escuchad mi voz,” “y cumplid,” y entonces (de esta manera, por este medio) me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios.”

Ya que, en este pacto, la parte del Señor, lo que el Señor puede hacer, las promesas del Señor, sólo puede venir de manera secundaria como una consecuencia de que el pueblo haga lo que ha prometido; está perfectamente claro que el pacto se sostenía, estaba establecido, solamente sobre las promesas del pueblo.

Entonces, ¿qué valor tenían las promesas del pueblo? ¿Qué habían prometido? Ellos habían prometido obedecer ciertamente la voz del Señor. Prometieron obedecer Su ley, - ciertamente guardar los diez mandamientos.

Pero, ¿cuál era su condición cuando hicieron esas promesas? Se corresponde con la condición de Ismael en la familia de Abraham. Ellos corresponden a Ismael: nacieron de la carne, y sólo conocían el nacimiento de la carne, y por lo tanto sólo tenían la mente de la carne. Pero

“los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden.” “los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.”

Siendo esta su situación, ¿qué valor podían tener las promesas que ellos hicieran para guardar los diez mandamientos? Ninguna de esas promesas podía tener valor alguno.

En el mismo sentido, en este pacto, el pueblo prometió hacer algo que era, simplemente, imposible para ellos hacer. Y ya que el Señor, con sus promesas, no podía en este pacto, actuar antes de que el pueblo hubiera cumplido su promesa; lo cierto del pacto era que hasta que hicieran lo que habían acordado hacer, no tenía el propósito que el pueblo había vislumbrado o concebido; el pacto no valía nada en absoluto, porque las promesas sobre la cuales estaba fundado no valían nada.

Por su propia naturaleza, ese pacto sólo podía engendrar esclavitud, porque el pueblo sobre el cual sus promesas estaba establecido, ya estaba sujeto a la esclavitud de la carne, la esclavitud del pecado. Y en vez de guardar los mandamientos de Dios, ellos sólo podían romperlos. Y no solamente quebrantarían los mandamientos de Dios, los cuales habían prometido no romper, sino que inevitablemente quebrantarían la promesa que le habían hecho a Dios de no quebrantar sus mandamientos. Simplemente porque el pueblo estaba en una condición en la cual no estaba sujeto a la ley de Dios, y no podía estarlo.

Y esto quedó en evidencia inmediatamente. Porque, cuando Moisés ascendió al monte para recibir una copia de la ley, la cual habían prometido “ciertamente obedecer”, él se había ido por cuarenta días cuando exclamaron: “Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido.” (Exo. 32:1) Y construyeron para sí mismos un becerro de oro – el dios de Egipto- y lo adoraron, de la manera que se hacía en Egipto; Esto muestra que, en sus corazones, aún estaban en esclavitud bajo Egipto, y eran como Ismael, el hijo de Agar, la egipcia, “nacidos de la carne.”

Y aunque todo esto fue escrito para el conocimiento de todos aquellos que vendrían después, y para amonestación de “quienes han alcanzado los fines de los siglos,” es un hecho singular que aún hoy hay personas que, conociendo sólo el nacimiento de la carne y que no han nacido otra vez, y no conocen el nacimiento del Espíritu, entran exactamente en el mismo pacto, y afirman que, ciertamente, guardarán los mandamientos de Dios. Pero el problema con estas personas es el mismo problema con el pueblo en el Sinaí, el mismo problema de siempre: “Los israelitas no percibían la pecaminosidad de su propio corazón, y no comprendían que sin Cristo les era imposible guardar la ley de Dios; y con excesiva premura concertaron su pacto con Dios.

Al creerse capaces de ser justos por sí mismos, DECLARARON: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos” (PP 341.4)

Naturalmente, surgen muchas preguntas en este punto: “¿Por qué, entonces, el Señor permitió que entraran en dicho pacto? ¿Por qué el Señor hizo este pacto con ellos?” La respuesta a estas preguntas se da a continuación.

El Pacto Antiguo conduce al Nuevo – Gálatas 4: 21-31

Review and Herald- 17 de julio, 1900

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar.

Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. Porque está escrito: Regocíjate, oh estéril, tú que no das a luz; Prorrumpes en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto; Porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido. Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre. De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre.” (Gal. 4: 21-31)

El primer pacto era defectuoso. Era deficiente en las promesas, porque estaba fundado básicamente sobre las promesas del pueblo que prometió algo que era imposible para ellos cumplir.

Entonces, ¿Por qué permitió el Señor que hicieran tal pacto? ¿No sabía acaso él que ellos no podrían cumplir lo que habían prometido? – para asegurarse, él lo hizo.

Pero la gente no lo sabía. “Como habían vivido [en Egipto] en un ambiente de idolatría y corrupción, no tenían un concepto verdadero de la santidad de Dios, de la extrema pecaminosidad de su propio corazón, de su total incapacidad para obedecer la ley de Dios, y de la necesidad de un Salvador. TODO ESTO SE LES DEBIA ENSEÑAR. Dios los llevó al Sinaí; manifestó allí su gloria; les dio la ley, con la promesa de grandes bendiciones siempre que obedecieran: “Ahora pues, si dais oído a mi voz, y guardáis mi pacto, [...] vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”. Los israelitas no percibían la pecaminosidad de su propio corazón, y no comprendían que sin Cristo les era imposible guardar la ley de Dios; y con excesiva premura concertaron su pacto con Dios. Al creerse capaces de ser justos por sí mismos, declararon: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos” (PP 341.3 -4).

Ya que el pueblo no sabía estas cuestiones esenciales sobre sí mismo, “su total incapacidad, etc.” – ya que no confiaban en Dios, para que pudieran conocer, y ya que “todo esto

se les debía enseñar,” – el único medio seguro por el que se podía lograr que aprendan aquello que no sabían era dejándolos que prueben, y fracasen; y de esta manera aprender por experiencia que ellos no podían por sí mismos establecer su propia justicia en lugar de la justicia de Dios. Recién después, el pueblo estaría dispuesto a aceptar, por fe, la justicia de Dios, la cual es establecida por la fe.

Todo se vuelve claro por las circunstancias del caso:

Como hemos visto en un estudio previo, antes de que ellos dejaran Egipto el Señor les dijo: “y os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios; y vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios.” (Exo. 6:7) En este punto, no está totalmente claro que, si hubieran creído en esto, ellos habrían sabido que él ya era Jehová su Dios, y no habrían necesitado negociar para que el Señor sea su Dios, y que ellos se convirtieran en su pueblo.

Si hubieran creído, por su palabra, que él ya era su Dios, y que, por lo tanto, ellos ya eran su pueblo – y si hubieran ya sabido que Dios ya era Jehová su Dios (Exo. 6:7), ¿habrían necesitado prometer que “ciertamente” cumplirían su ley para ser su pueblo y que él sea su Dios? – Simplemente, no.

Si hubieran creído que el Señor les “daría por heredad” la herencia que había jurado dar a Abraham, a Isaac y a Jacob (Exo 6:8), ¿podría haberse encontrado algún lugar para que negociaran recibirlo por heredad, por sus propias obras? – Simplemente, no.

En otras palabras: Si hubieran recibido a Dios por la fe, en estas cosas que él les había prometido antes de que salieran de Egipto, ¿habrían necesitado comprometerse a ganarse el favor de Dios en estas cosas, por sus propias obras? – Simplemente, no.

Siguiendo esta línea de pensamiento hasta el original, en este paralelismo de los versos de Gálatas, la pregunta paralela sería: Si Sarai y Abram hubieran creído en la promesa de Dios y se hubieran aferrado solamente a ella, ¿habría Ismael encontrado un lugar en la familia de Abraham? – Simplemente, no.

Simplemente, entonces, nunca hubo necesidad de que Abraham tuviera más de un hijo, el hijo que Dios le había prometido. Pero, aun así, “pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar.”

Y como nunca hubo necesidad alguna de que Abraham tuviera más de un hijo, - el hijo que Dios había prometido, - tampoco había necesidad de que Israel tuviera más de un pacto – el pacto de Dios con Abraham- el pacto eterno.

Así como no eran necesarios dos hijos, tampoco había necesidad alguna de dos pactos.

Y así como, por la incredulidad y la desconfianza en Dios, Agar e Ismael fueron involucrados sin ser parte del plan; a través de la incredulidad y la desconfianza en Dios, el pacto del Sinaí también fue introducido sin ser parte del plan.

Y así como Agar e Ismael nunca obtuvieron un reconocimiento dentro de la promesa de Dios hecha a Abraham de darle un hijo, así tampoco el pacto del Sinaí tuvo alguna vez reconocimiento dentro de la promesa de Dios de salvar a la humanidad.

Así como Agar e Ismael debieron ser expulsados, y todo lo que los había introducido debía ser completamente repudiado, para que el hijo que Dios había prometido tuviera el lugar que le pertenecía; así también el pacto del Sinaí tuvo que ser expulsado y todo lo que había introducido ser completamente repudiado, por parte del pueblo, sobre cuyas promesas estaba fundado ese pacto, para que el pacto original de Dios, el pacto de Abraham, el pacto eterno, tuviera el lugar que le pertenecía, en la vida y la salvación de los hombres.

Pero, así como los problemas y la falla de Sarai y Abram en el ardid que involucró a Agar e Ismael fueron decisivos para llevarlos, al final, al punto donde sí confiaron plenamente y únicamente en la promesa de Dios; así también los problemas y el fracaso rotundo que Israel experimentó en el primer pacto, los llevó al punto en el cual apreciaron y confiaron completamente en el pacto original de Dios, el pacto con Abraham, el pacto eterno, el cual se les había dado antes de que siquiera dejaran Egipto.

Como hemos visto, Israel quebrantó tanto la ley de Dios como el pacto de no quebrantarla. Y cuando Moisés bajó del monte, sosteniendo en sus manos las tablas de la ley que el pueblo había pactado “ciertamente” obedecer, y vio lo que habían hecho, arrojó las tablas de sus manos, y las quebró al pie del monte,” (Exo 32:19) “dando a entender en esta forma que, así como ellos habían roto su pacto con Dios, así también Dios rompía su pacto con ellos.” (PP 292.1)

Por esto se encontraron desamparados, y totalmente desvalidos, con todos sus recursos completamente agotados. Por que “no podían esperar el favor de Dios por medio de un pacto que ya habían roto; y entonces viendo su pecaminosidad y su necesidad de perdón, llegaron a sentir la necesidad del Salvador revelado en el pacto de Abraham y simbolizado en los sacrificios. De manera que mediante la fe y el amor se vincularon con Dios como su libertador de la esclavitud del pecado. Ya estaban capacitados para apreciar las bendiciones del nuevo pacto.” (PP 341.4)

De esta manera, el pacto del Sinaí los llevó al pacto de Abraham. El primero los llevó al segundo pacto. El pacto antiguo los condujo al nuevo pacto. Y por esto, la ley, la cual era la base

del aquel pacto, -la ley quebrantada-, fue el ayo que los condujo a Cristo, para que sean justificados por fe.

Por favor, revisen este estudio con detenimiento y cuidadosamente; ya que en el próximo estudio pasamos de este, al nuevo pacto.

El contraste entre los pactos – Gálatas 4:21-24, 28

Review and Herald, 24 de julio, 1900

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinai, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa.” (Gal. 4:21-24, 28)

Así como Ismael nació completamente de la carne, sin ninguna promesa de Dios, sino de la desconfianza y la incredulidad en la promesa de Dios, así mismo era el primer pacto, el pacto del Sinai.

Y así como Isaac nació completamente de la promesa de Dios, exclusivamente de la dependencia en la promesa, así es el nuevo pacto, el pacto eterno.

El primer pacto se apoya sobre las promesas del pueblo, y dependía exclusivamente de los esfuerzos del pueblo. El segundo pacto consistía exclusivamente de la promesa de Dios, y dependía del poder y obra de Dios.

El primer pacto comienza: “Si vosotros...” hicieras esto y lo otro. El nuevo pacto no tiene ni “si” ni ninguna obra de hombres, sino que es solamente por la obra de Dios. Observemos a un pacto seguido del otro:

El Pacto Antiguo: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel.” “Mas esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo.” “Oíd mi voz, y cumplid mis palabras, conforme a todo lo que os mando; y me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios.” (Exo. 19: 5,6; Jer. 7:23; 11:4)

El Nuevo Pacto: “Pondré mis leyes en la mente de ellos, Y sobre su corazón las escribiré; Y seré a ellos por Dios, Y ellos me serán a mí por pueblo; Y ninguno enseñará a su prójimo, Ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; Porque todos me conocerán, Desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.” (Heb. 8: 10-12)

Leamos el nuevo pacto, empezando con “Si vosotros hicierais,”: “Si vosotros pusierais mis leyes en vuestras mentes, y las escribieran en vuestros corazones, entonces Yo seré su Dios, y

ustedes me serán por pueblo.” “Pongan mi ley en sus corazones, y escríbanla en sus corazones, para que sea su Dios, y Uds. sean su pueblo.”

Si el nuevo pacto dijera esto, ¿Cuántas personas hubieran podido convertirse en el pueblo de Dios? ¿y para cuántas personas él sería su Dios? Ninguna en absoluto; porque ninguna persona puede escribir la ley de Dios en su corazón; ninguna persona puede poner la ley de Dios en su mente; porque “los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden “estarlo.” Nada más que el poder de Dios solamente, a través del Espíritu eterno, puede poner la ley de Dios en la mente de alguien, o escribirla en su corazón.

Sin embargo, prácticamente esto fue lo que el pueblo de Israel acordó hacer en el Sinaí, en el antiguo pacto. Porque ellos acordaron guardar la ley de Dios “ciertamente,” lo cual nadie puede hacer sin que la ley sea puesta en su mente, y escrita en su corazón. Acordaron guardar la ley de Dios “ciertamente”, de manera que, para que, pudieran ser su pueblo, y él pudiera ser su Dios. Este acuerdo, por lo tanto, claramente tenía efecto para que ellos mismos pusieran la ley de Dios en su mente, y la escribieran en su corazón. Y esto lo prometieron, aunque hasta ese momento, sólo conocían el nacimiento de la carne, y hasta el momento, sólo tenían una mente carnal, la cual es “enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden estarlo.”

De esta manera, era por sus propios esfuerzos que buscaban ser justos, y por esta justificación buscaban transformarse en el pueblo de Dios, y ganarlo para ser su Dios.

De esta manera, el pacto era completamente basado en obras, en la justificación por obras, para ganar el favor de Dios por obras, y la salvación por obras.

Era un pacto en el cual, a causa de las obras, la recompensa no sería contada como gracia, sino como deuda.

Era un pacto por el cual no existía tal cosa como el perdón de los pecados: era de esclavitud, que engendraba solamente más esclavitud.

Y este es el motivo por el cual este pacto se menciona en la carta de instrucción a los gálatas. Ellos buscaban la justificación por las obras, por sus propios esfuerzos. Los gálatas buscaban “ahora perfeccionarse con esfuerzos humanos” (Gal. 3:3 NVI) Pero cualquier cristiano que busque la justificación, o ser perfecto, de esta manera, ha caído de la gracia. Ciertamente ha abandonado la gracia, porque “al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda.” Y “si por obras, ya no es por gracia.” (Rom. 4:4, 11:6)

Esta era la posición y la condición de “los fariseos, que habían creído” que habían llevado a los gálatas por caminos equivocados: al entrar en su sistema de justificación por las obras, y de alcanzar la perfección por la carne, los Fariseos que habían creído rechazaron lo que Dios les había dado para ser liberados de la esclavitud, de la justicia propia y de las obras de la carne; y aun hubieran llegado a pervertir al mismo evangelio de Cristo para que sea un sistema falso.

Sin embargo, por el otro lado, el nuevo pacto es completamente por la gracia, y de la obra de Dios por la gracia.

Es un pacto en el cual las obras son exclusivamente de parte de Dios, y la justicia es la justicia de Dios.

Es un pacto en el cual los que son partícipes son nacidos del Espíritu, y de esta manera reciben una nueva mente donde Dios pondrá su ley, y un nuevo corazón en el cual el Espíritu del Dios viviente escribirá su ley.

Es un pacto en el cual, por medio del poder creador de la promesa de Dios, cada persona que se somete a la promesa es una nueva criatura de Dios. “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” (Efe. 2:10)

Es un pacto en el cual, solamente por la misericordia de Dios y su promesa, hay perdón de pecados, completo y gratuito; de los pecados e iniquidades no habrá más memoria.

Es un pacto en el cual, ciertamente, se puede encontrar perdón de pecados para el pueblo, aun para aquellos bajo el primer pacto. Porque “[Cristo] es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna.” (Heb. 9:15)

Notemos, nuevamente, que en el nuevo pacto no se hace mención de ninguna acción por parte del pueblo. Las obras son todas de Dios. “Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón.” “Yo seré su Dios.” “Porque seré propicio a sus injusticias, Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.” (Heb. 8:12)

En el nuevo pacto Dios es el obrero. “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.” (Fil. 2:13) Es a través de “la sangre del pacto eterno,” que “el Dios de paz” nos hace “aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo” quien “es hecho fiador” de este “mejor pacto.” (Heb. 13:20,21; 7:22)

La única manera en la que el pueblo puede entrar en este pacto es pasivamente: deben someterse a la justicia de Dios. (Rom. 10:3). Ellos se presentan ellos mismos a Dios... y sus "miembros a Dios como instrumentos de justicia." (Rom. 6:13)

De este modo, cualquiera que tome parte en este pacto en cualquier forma, es parte exclusivamente por la promesa de Dios, y se transforma, "como Isaac", en hijo de la promesa.

No hay otra forma de ser partícipe del nuevo pacto, sino por medio de la promesa de Dios, ya que no hay nada más en este pacto que la pura promesa de Dios. No hay forma de ser hijo de Dios, sino a través de la promesa de Dios: la promesa aceptada por fe. Nuestros pecados son perdonados, y nuestra injusticia es indultada, porque Dios así lo dice, y por la palabra de la promesa lo sabemos. Aquel que acepta y depende únicamente de la promesa de Dios es del pueblo de Dios, porque Dios así lo dice. Dios es su Dios, porque Dios así lo dice. La ley de Dios está en su mente, y está escrita en su corazón, porque Dios ha prometido que él las pondría en su mente y la escribiría en su corazón, al que se presentara a él para que así suceda. Y habiéndose entregado a la justicia de Dios, puede descansar seguro en la promesa de Dios en Cristo, quien es el mediador y la garantía del nuevo pacto. Y "esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado." (Juan 6:29)

El pacto antiguo consistía, y aún consiste, en las promesas y obras del pueblo, que sólo conocen el nacimiento y la mente de la carne. El nuevo pacto consiste para siempre en las promesas y las obras de la justicia de Dios en aquellos que conocen el nacimiento del Espíritu por medio de la promesa de Dios.

¿El yo o Cristo? Gálatas 4:21-31; 5:1

Review and Herald, 31 de julio, 1900

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. Porque está escrito: Regocíjate, oh estéril, tú que no das a luz; Prorrumpes en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto; Porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido. Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre. De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre. Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.” (Gal 4:21-31; 5:1)

El primer pacto dependía de las promesas de un pueblo, que sólo conocía el nacimiento de la carne. Estas promesas eran que “ciertamente” guardarían los diez mandamientos. Pero conociendo solamente el nacimiento de la carne, ellos eran, a ese momento, transgresores de la ley de Dios, y, por lo tanto, estaban esclavizados al pecado. Y conociendo solamente el nacimiento de la carne, y teniendo solamente la mente de la carne, la promesa de obedecer la ley de Dios “ciertamente” era inútil, porque “los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden.” (Rom. 8:7)

Por lo tanto, al entrar al pacto aquellos que ya estaban en esclavitud, y siendo un pacto que, por sus propios términos, engendraba esclavitud, era solamente un pacto de esclavitud. Un pacto en el cual los mismos esfuerzos para liberarse a sí mismos de la esclavitud en la que ya estaban, sólo los conducía a una esclavitud más profunda, la esclavitud del pecado, la esclavitud de sus propias obras y promesas quebrantadas, que sólo eran pecado.

Consecuentemente, todo lo que se había visto, y podía ser visto, en el primer pacto fue, y es, la ley quebrantada. Y esto será para siempre así de simple, para que nadie lo pierda de vista. Cuando Moisés bajó de la montaña y vio la idolatría de ellos, él, teniendo las tablas de la ley de Dios en sus manos, “arrojó las tablas de sus manos, y las quebró al pie del monte.” (Exo. 32:19)

Al principio, fueron infractores de la ley. Prometieron nunca más quebrantar la ley. Pero otra vez quebrantaron la ley y la promesa de no quebrantarla. Y cuando por este motivo Moisés arrojó las tablas de la ley de Dios, y las rompió, esto fue para darles a ellos, y a todas las personas en el futuro, una divina lección objetiva, que, en el primer pacto, en todos sus esfuerzos de justicia propia, y en todas sus promesas de no quebrantar la ley, nadie puede ver otra cosa más que la LEY QUEBRANTRADA.

Sin embargo, el pacto de Abraham estaba presente en ese momento: el pacto de fe, el pacto eterno de Dios, para liberarlos de la esclavitud y del yugo de la servidumbre que los oprimía, por el pacto de las obras y de la incredulidad en la que habían entrado. “No podían esperar el favor de Dios por medio de un pacto que ya habían roto; y entonces viendo su pecaminosidad y su necesidad de perdón, llegaron a sentir la necesidad del Salvador revelado en el pacto de Abraham y simbolizado en los sacrificios.” (PP 341.4)

Fue por el pacto hecho con Abraham, Isaac, y Jacob, por el cual Moisés rogaba a Dios, por misericordia para el pueblo que adoraba al becerro de oro al pie del monte, mientras él aún no había descendido la primera vez. En Exo. 32: 1-6 se da un recuento de que el pueblo hizo un becerro de oro para adorarlo. En el versículo siete “Jehová dijo a Moisés: Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido. Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado... Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande.” (Exo. 32: 7-10)

“Entonces Moisés oró en presencia de Jehová su Dios, y dijo: Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ...Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomarán por heredad para siempre. Entonces Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo.” (Exo. 32:11-14)

Así, fue el pacto de Abraham, el pacto eterno de Dios, lo que salvó al pueblo de la esclavitud y de la maldición de sus pecados, en el primer pacto. Y siempre será así. (Heb. 9:15)

Luego bajó Moisés del monte, con las tablas de la ley en sus manos, y las arrojó rompiéndolas. “No podían esperar el favor de Dios por medio de un pacto que ya habían roto; y entonces viendo su pecaminosidad y su necesidad de perdón, llegaron a sentir la necesidad del

Salvador revelado en el pacto de Abraham y simbolizado en los sacrificios. De manera que mediante la fe y el amor se vincularon con Dios como su libertador de la esclavitud del pecado. Ya estaban capacitados para apreciar las bendiciones del nuevo pacto.” (PP 341.4)

De esta manera el pacto del Sinaí los trajo al pacto de Abraham. El primer pacto los condujo al segundo pacto. El pacto antiguo los llevó al pacto nuevo. Y de este modo la ley, la cual era la base de aquel pacto, la ley quebrantada, fue el ayo que los condujo a Cristo, para que sean justificados por fe.

Así, “Jehová dijo a Moisés: Alísate dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste.” (Exo. 34.1) Y, Moisés dijo: “E hice un arca de madera de acacia, y labré dos tablas de piedra como las primeras, y subí al monte con las dos tablas en mi mano. Y escribió en las tablas conforme a la primera escritura, los diez mandamientos que Jehová os había hablado en el monte de en medio del fuego, el día de la asamblea; y me las dio Jehová. Y volví y descendí del monte, y puse las tablas en el arca que había hecho; y allí están, como Jehová me mandó.” (Deut. 10: 3-5)

Fue entonces establecido entre el pueblo, el servicio del santuario, con “el Salvador revelado en el pacto de Abrahán y simbolizado en los sacrificios,” y con Cristo, “mediador del nuevo pacto,” el único “mediador entre Dios y los hombres,” representado por el sumo sacerdote que ministra en el santuario. A ese santuario el pueblo trajo, en penitencia y con fe, sus sacrificios, y confesó sus pecados. La sangre de las ofrendas fue tomada por el sumo sacerdote y llevada al santuario, para hacer expiación por ellos, y sus pecados fueron perdonados. Y en el gran Día de la Expiación, la sangre de los sacrificios de todo el pueblo era esparcida sobre el propiciatorio, el cual cubría el arca, donde estaban las tablas de la ley.

De este modo, entre el pecador y la ley, siempre estaba el sacrificio, representando a Cristo (quien, por fe, era la Garantía del “mejor pacto), por medio de quien se le daba al pecador el perdón de sus pecados, y la justicia de Dios, que satisfacía todos los requerimientos de la ley. Y de esta manera, a través de la fe en Cristo, en este pacto en el cual Cristo es el Mediador, y del cual él es la Garantía, se puede ver la ley inquebrantada.

Este era, y es, el verdadero significado del nuevo orden de cosas del Sinaí, luego de haber roto las tablas, y de que el primer pacto fuese completamente anulado. Ahora era por medio de la fe, era por “justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él.” (Rom. 3:22)

Sin embargo, se observa que, debido a su incredulidad, Israel después convirtió todo en un sistema de obras, precisamente como lo era el primer pacto. Y aquellas ofrendas y sacrificios,

y las ceremonias conectadas a ellas, habían sido dadas por el Señor para que sean una total expresión de fe. Pero Israel, en su incredulidad, no fue capaz de ver esto, y lo convirtió en un sistema ceremonial de obras. En vez de que la justicia viniera por la fe, y que las ofrendas y sacrificios fueran una expresión de fe, ellos pretendían que la justicia viniera por medio de la ofrenda misma, y por sus propias buenas obras al hacer esta ofrenda.

Lo mismo sucedía cuando Cristo estaba en la tierra, y también en los tiempos de Pablo y los gálatas. Así era con los “los fariseos, que habían creído,” quienes trajeron confusión a los gálatas y los condujeron de la justicia por fe de vuelta a la justicia por obras y ceremonias. Y, por lo tanto, Pablo podía escribir, y efectivamente escribió, “Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud.” (Gal. 4: 22-25)

De esta manera, el mismo medio que Dios proveyó para librarlos de la esclavitud del antiguo pacto, por su incredulidad, se convirtió en un sistema de esclavitud, que se correspondía exactamente a la esclavitud del antiguo pacto. Ciertamente ellos pervirtieron el nuevo pacto como había sido expresado en su primer momento, y lo transformaron según los principios del antiguo pacto: la justicia por obras. Lo que era el evangelio, expresado en ofrendas, sacrificio y ministración en aquel tiempo, lo desvirtuaron en la esclavitud de la justificación por obras y ceremonias; exactamente como entre los Gálatas, aquellos “fariseos, que habían creído,” estaban pervirtiendo el evangelio que se expresa en el sacrificio y ministerio de Cristo mismo.

Y así como Agar e Ismael fueron expulsados, para que el pacto de Dios con Abraham fuera gozado en su totalidad, así también el pacto del Sinai debía ser repudiado y expulsado, para que las bendiciones del pacto de Abraham, el nuevo pacto, pudieran ser recibidas. Así también, cuando Cristo vino, mediante la ofrenda y sacrificio de sí mismo y su propia ministración, trajo la plenitud del evangelio, y para que esto pudiese ser completamente gozado, debía repudiarse y echarse fuera el sistema de ceremonias, el sistema de justificación por obras, en el que Israel había desvirtuado aquello que en su momento fue, ciertamente, la expresión del verdadero evangelio, la justificación por fe. “La Jerusalén actual... junto con sus hijos, está en esclavitud... Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre.” “Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre... Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa.”

Y así, se expulsó para siempre el principio mismo del ceremonialismo, el principio mismo de la esclavitud de la justicia por obras en cualquier forma que se presente. Y en su lugar se estableció el principio de la libertad en la justicia por la fe. “De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre.” Y a causa de esto, se escuchará para siempre el bendito clamor: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.” (Gal. 5:1)

El pacto antiguo, el pacto del Sinai, se puede resumir en la frase “YO MISMO.” El nuevo pacto, el pacto eterno, se resume con la palabra “CRISTO.”

El pacto antiguo es uno mismo y de la justicia propia. El nuevo pacto es Cristo y de la justicia de Dios.

El pacto antiguo es uno mismo y la esclavitud del pecado y las obras de la ley. El nuevo pacto es Cristo y la libertad de la justificación, que es por fe.

El pacto antiguo, yo mismo, debe ser expulsado, y absolutamente repudiado, para que el nuevo pacto, Cristo, tenga su debido lugar y pueda manifestar su poder salvador, porque el hijo de la mujer esclava nunca puede ser heredero junto al hijo de la mujer libre.

LOS DOS PACTOS DE GALATAS

Fue un gozo indecible descubrir la relación del Padre e Hijo como se la describe en 1 Corintios 8:6, donde se proporciona la clave para descifrar tantas cuestiones complejas de las Escrituras que estaban previamente rodeadas de misterio o simplemente se desconocían. Esta clave, que se describe en el folleto *El Modelo Divino de la Vida*, revela que el Padre es la fuente de todas las cosas y el Hijo es el canal de todas las cosas. Esta relación de fuente y canal aparece como un sello distintivo en muchos elementos que están asociados: esposo y esposa, Antiguo y Nuevo Testamento, Lugar Santo y Lugar Santísimo, sábados y fiestas, sol y luna. Todas estas cosas se ven más claramente a la luz del Modelo Divino. Tiene completo sentido el hecho de que el conocer la relación de Dios y su Hijo nos daría la clave para comprender muchos misterios en las Escrituras.

En 2015 reflexioné si los dos pactos mencionados en la Escritura se regían, o no, por el modelo divino, por el cual un pacto conducía al otro. Bajo un sistema de oposición, el Pacto Antiguo, que lleva a la muerte, se contrapone al Nuevo Pacto que conduce a la vida. En este contexto, el Pacto Antiguo parece ser malo, mientras que el Nuevo Pacto, bueno; el Antiguo debería ser evitado, y el nuevo, acogido. Mientras reflexionaba en estas cosas, el texto de 2 Corintios 3:7 vino a mi mente arrojando luz sobre este tema. En este verso Pablo declara que el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue *con gloria*. Por lo tanto, si fue glorioso, era algo bueno. Luego se hizo evidente que, para poder nacer de nuevo, uno debe primero morir y luego nacer nuevamente. Esto ubica a la muerte y la vida en una secuencia donde una sigue a la otra. Esto significa entonces, que el pacto Antiguo es el canal a través del cual uno debe entrar al Nuevo Pacto. De hecho, los dos pactos funcionan juntos: uno conduce hacia el otro.

Al año siguiente, mientras llevaba a cabo reuniones al norte de Alemania, leí el libro de A. T. Jones “Estudios sobre Gálatas” y en sus páginas encontré la confirmación que había estado buscando:

De esta manera el pacto del Sinaí los condujo al pacto con Abraham. El primer pacto los llevó al segundo; el pacto antiguo los llevó al nuevo pacto. De este modo, la ley, que era la base de ese pacto, - una ley quebrantada, - fue el ayo que les enseñó a ir a Cristo, para que sean justificados por fe².

Nunca se resaltaré lo suficiente la importancia de este hecho: Es el proceso en el cual el Pacto Antiguo conduce al Nuevo Pacto que lleva al proceso por el cual el ayo conduce el alma a Cristo para que sea justificada por la fe.

² A. T. Jones, RH, 17 de julio, 1900